

totalmente en el presente inmediato, desvinculado del pasado y del futuro de la persona, sin el carácter biográfico propio de la conducta humana.

En estas condiciones la elección profesional queda prácticamente reducida a la acción del azar. Cuando falta un propósito definido y se carece de criterio o puntos de referencia para actuar es bastante fácil dejarse llevar por cualquier influencia.

b) Las llamadas "presiones familiares" inciden así, con cierta frecuencia, en el terreno abonado de la escasa capacidad de decisión de los hijos adolescentes, haciendo aún más difícil el problema. Lógicamente tendrán más influencia en hijos con una personalidad más débil o insegura.

Por medio de estas presiones (directas o indirectas) muchos padres pretenden imponer una determinada opción profesional a sus hijos, ignorando que se trata de un problema personal e intransferible. Los padres pueden y deben informar y aconsejar a sus hijos, pero nunca decidir por ellos. Cuando se hace lo segundo se atenta contra su legítima libertad y se impide que asuman de forma personal las consecuencias de la decisión. Naturalmente esto es aún más grave cuando los padres se equivocan, es decir, cuando el destino que imponen a sus hijos no está de acuerdo con las aptitudes necesarias para alcanzarlo. En esta materia los errores de los hijos son menos irreparables que los errores de los padres.

Los padres que deciden por sus hijos lo hacen, con frecuencia, porque no confían en la capacidad de estos últimos para actuar con acierto. Es verdad que la edad en la que normalmente se elige carrera o profesión no es la mejor para adoptar una decisión tan trascendente (sería preferible que esto ocurriera cuando poseen ya cierta madurez y experiencia). Pero esta limitación de los hijos no justifica el proteccionismo de sus padres. Podríamos decir que "el remedio suele ser peor que la enfermedad".

Los hijos no pueden decidir solos su futuro profesional. Pero la mejor ayuda no es la que les sustituye en este problema, sino la que les pone en mejores condiciones para actuar por sí mismos (por ejemplo, la que les permite conocer sus posibilidades y limitaciones personales; o la que les proporciona una información más objetiva acerca de las diferentes salidas profesionales). Los padres deben ser lo suficientemente realistas como para reconocer que ellos no están capacitados, en principio, para ofrecer este tipo de ayuda y que necesitan, por tanto, la colaboración de especialistas en esta materia.

Las "presiones familiares" responden otras veces al intento de adaptar "como sea" los deseos del hijo a los proyectos previos de los padres. Un proyecto muy frecuente es el de que los hijos sigan la "tradición familiar". Si, por ejemplo, a lo largo de varias generaciones ha habido siempre un médico en la familia, esa norma no se debe romper. Existe así una identificación de la familia con una determinada profesión. Existe también el propósito de que el hijo continúe el trabajo de sus familiares (lo que, además, no es incompatible con un objetivo más práctico: que no tenga problemas de tipo material para abrirse camino a la vida).

Otro proyecto familiar bastante frecuente es el de que el hijo tenga una profesión "segura". Profesión "segura" es la que resuelve por sí misma y para siempre los problemas económicos de quien la ejerce. A estas profesiones se accede normalmente por medio de algunas carreras universitarias tradicionales (medicina, derecho, ingeniería, arquitectura...) De acuerdo con este planteamiento, para muchos padres es una tragedia que su hijo "se empeñe", por ejemplo, en ser escritor ("Y eso ¿para qué sirve?"). Las carreras y profesiones nuevas suelen quedar fuera de los proyectos familiares no sólo por razones de tipo económico, sino de *status* social.

Qué duda cabe que tanto la "tradición familiar" como la seguridad económica y el prestigio social de la profesión son factores que no se pueden desechar en principio por sistema.

Son tres elementos más que el hijo debe tener en cuenta antes de adoptar su decisión. Pero lo que no es admisible es que sean el único factor o el factor decisivo de la misma. Tampoco es defendible que tal criterio les venga impuesto a los hijos por sus padres.

No es tampoco infrecuente que la elección profesional de los hijos esté condicionada por las frustraciones de sus padres. Los padres que están insatisfechos con su profesión proyectan esta actitud sobre los hijos: "que sean más que yo"; "que hagan la carrera que yo no pude hacer". El éxito profesional de los hijos será así, de algún modo, una reparación del fracaso de los padres. Naturalmente, este planteamiento suele conducir a malos resultados: los hijos vuelven a fracasar donde fracasaron sus padres porque la carrera elegida no responde a sus aptitudes e intereses personales. "Muchas vocaciones se frustran por temor a elegir carrera u ocupaciones de poco prestigio social. Jóvenes con gran habilidad manual, que hubieran podido ser muy felices artesanos, se convierten en universitarios mediocres, únicamente por haberse criado en ambientes donde se mira con desmedro el elegir un oficio manual (...) Esto nos permite entrar en la esfera de los prejuicios, que en ningún caso se muestran tan claros como en el de la elección vocacional".

c) Pero la elección de estudios y profesión no está condicionada únicamente por la edad de los hijos y las actitudes de los padres. La influencia del ambiente extrafamiliar puede ser también decisiva. No puede olvidarse, por ejemplo, que los hijos viven hoy en una sociedad consumista en la que se nos presiona continuamente para adquirir como sea todos los productos que se lanzan al mercado. La felicidad del hombre se cifra así en el bienestar material. La publicidad se encarga de presentar lo superfluo como imprescindible. Esta reducción del hombre a mero consumidor de cosas conduce, con frecuencia, a empobrecer los motivos por los que se realiza el trabajo profesional: el trabajo es sólo una fuente de ingresos económicos para hacer frente a las innumerables ofertas comerciales que

nos llegan cada día. ¿No tendrá todo esto importantes consecuencias a la hora de elegir una carrera o profesión? ¿No existe el riesgo de que los hijos elijan exclusivamente en función del beneficio material que reporta cada opción?

La mentalidad utilitaria de tantos padres enlaza así perfectamente con la sociedad del bienestar y con la sugestionabilidad de los adolescentes. Estamos creando todas las condiciones para que los hijos elijan su profesión con criterios poco válidos, o, peor todavía, para que la profesión los elija a ellos.

Elegir carrera o profesión en función solamente (o principalmente) de su rentabilidad económica o de su prestigio social, es cuando menos, una falta de sentido común y de realismo: supone ignorar que cada tipo de actividad requiere unas aptitudes especiales. Tal actitud equivale también a reducir la profesión a un simple instrumento para conseguir cosas que están fuera de ella. La profesión deja de tener sentido en sí misma; se plantea como un medio de vida y no como un proyecto de vida. Esta es la ruta que han seguido tantas personas que "se sirven de la profesión" en vez de "servir a la profesión".

Los motivos extremos y materiales no son suficientes para adoptar una buena decisión profesional. Se necesitan, además y sobre todo, motivos internos, relacionados con las necesidades básicas de la persona. No se puede separar el trabajo de la vida. Por eso el sentido del trabajo debe estar íntimamente relacionado con el sentido de la vida.

Quien se plantea qué rumbo seguir dentro del amplio campo profesional debe saber distinguir las preguntas fundamentales de las preguntas que, siendo quizá también necesarias, permanecen en un segundo plano. Antes de preguntarme qué me conviene (en el sentido de conveniencia material, de profesión "segura") debo preguntarme qué es lo que quiero de verdad, qué es lo que me gusta, qué es lo que puedo hacer

mejor...

2. Algunas consecuencias de elegir mal

a) Los errores en la elección profesional dan lugar, con bastante frecuencia, al **abandono de la carrera** o del oficio que se estaba desempeñando. Se sabe, por ejemplo, que el 60% de los estudiantes universitarios españoles no terminan su carrera y que en el primer año cambian de Facultad alrededor de la mitad de los alumnos.

¿Qué es lo que ha movido a tantos estudiantes a cambiar de carrera en unos casos y a dejar de estudiar en otros? Indudablemente el haber comprobado que se equivocaron, que eligieron mal su futuro profesional. Fue necesario el duro contacto con la realidad para advertir que estaban mal encaminados.

La experiencia de realizar día a día un trabajo determinado es, sin duda, el mejor procedimiento para conocer sus características: en qué consiste; qué sentido tiene; qué exige... Sirve también para que quien lo lleve a cabo se pruebe a sí mismo: averigüe hasta qué punto aquello le interesa, le satisface interiormente, es capaz de hacerlo bien...

Quizá los estudiante aludidos más atrás descubrieron que su carrera apenas tenía relación con la profesión deseada; o que requería una base matemática de la que carecían; o que las asignaturas eran aburridas; o que "no podían" con ciertas materias, a pesar de esforzarse seriamente. Quizá algunos de ellos descubrieron también que lo suyo no era una carrera universitaria, sino unos estudios más sencillos y un trabajo profesional a corto plazo.

Al reconsiderarse su decisión, estos estudiantes procedieron con realismo y humildad. Fueron conscientes de que los inconvenientes que lleva consigo un cambio de carrera son mucho menores que los que suele ocasionar el proseguir una carrera que no satisface. Supieron afrontar con valentía la impresión de "fracaso" que ello

suele producir en los demás; fueron capaces quizá de decir *no* por primera vez a los proyectos profesionales de su familia; tuvieron la sensatez de desprenderse de sus sueños adolescentes...

La experiencia obtenida quizá sirvió también a los mismos estudiantes para no elegir en el futuro sus nuevos estudios de forma improvisada: cambio de carrera no significa ya para ellos "probar suerte". Es casi seguro que entre sus nuevos propósitos figuraría el de obtener información suficiente antes de tomar una decisión o, lo que es lo mismo, pedir orientación a los expertos (profesores, tutores, psicólogos...)

b) Exista o no cambio de ocupación, los errores cometidos en la elección de estudios o de profesión tienen siempre consecuencias negativas. Una de ellas es la **falta de rendimiento**: "Un hombre dedicado a una profesión para la cual no ha nacido es una pieza dislocada: sirve de poco, y muchas veces no hace más que sufrir y embarazar. Quizá trabaja con celo, con ardor; pero sus esfuerzos o son impotentes o no corresponde ni con mucho a sus deseos (...) Hombres muy bien dotados para un objeto se muestran con una inferioridad lastimosa cuando se ocupan de otro".

Dado que cada persona suele destacar en alguna aptitud determinada y no en todas, importa asegurarse de que la carrera o la profesión elegida requiere aquella aptitud de modo especial. Lo que a veces llamamos fracaso profesional no es otra cosa que una inadecuación entre las aptitudes de una persona y las exigencias de la profesión que desempeña. Y, al contrario, los éxitos profesionales obedecen en buena parte a una perfecta adecuación entre las capacidades personales y lo que la ocupación requiere. Personas que han triunfado espectacularmente en su profesión probablemente hubieran fracasado en otra diferente.

c) Otra consecuencia de elegir mal es la **falta de satisfacción en el propio trabajo**. Cuando la ocupación no responde a los intereses personales; cuando no enlaza con lo que cada

persona valora más en su vida o no permite expresar lo que se es o lo que se quiere, puede crear sentimientos de ansiedad e inadaptación:

"En la acertada elección de carrera no sólo interesa el adelanto del individuo, sino la felicidad de toda su vida. El hombre que se dedica a la ocupación que se le adapta disfruta mucho, aun entre las fatigas del trabajo; pero el infeliz que se halla condenado a tareas para las cuales no ha nacido ha de estar violentándose continuamente, ya para contrariar sus inclinaciones, ya para suplir con esfuerzo lo que falta de habilidad".

Importa subrayar de nuevo la repercusión que el ejercicio de la profesión tiene en la vida entera de la persona. En realidad existe un condicionamiento recíproco entre la actividad laboral y los ideales de cada persona. El trabajo influye en el estilo de vida y viceversa. Esta realidad la constatan cada día muchos profesionales. Alguno lo expresa de forma muy clara: "No tener que separar en ningún momento profesión y vida profesional es una de las mayores fuentes de satisfacción".

Indudablemente los dos riesgos citados (falta de rendimiento y de satisfacción en el trabajo) están íntimamente relacionados entre sí: cuando no se consiguen los resultados que corresponden al esfuerzo desarrollado suele caerse en el desánimo; y, al contrario, cuando la actividad que se realiza no resulta atractiva en sí misma, es muy difícil ser eficaz en ella.

Pero no se trata solamente de riesgos personales. Los errores en la elección profesional tienen también riesgos familiares y sociales. El profesional que se rebela diariamente contra su destino o que se resigna ante él proyecta su conflicto interno sobre los demás. La infelicidad personal puede originar así una infelicidad familiar.

Quien se ocupa de una actividad en la que no rinde produce, igualmente, un perjuicio social. Supone desaprovechar sus aptitudes y esfuerzos e impedir que otros profesionales más cualificados para aquella tarea puedan realizarla con eficacia.

Quienes más conscientes suelen ser de las consecuencias que entraña el equivocarse en la elección de profesión son los propios profesionales.

Veamos algunos ejemplos. Un profesional de la hostelería piensa así: "A veces no se sabe elegir bien la profesión, se hace al tun-tun, y se *fastidia uno a sí mismo*. Por precipitación se coge lo más temprano, se sigue por rutina. Y entonces el *trabajo se enquist* (...). A un hijo mío le diría que eligiese lo que verdaderamente le gusta (...). He visto muchos problemas a lo largo de mi vida en este aspecto de errar en la elección de profesión, por culpa de sentirse forzados por los padres. Han querido facilitar y han conseguido efectos contrarios. Mis hijos están conmigo, me ven actuar, si lo quieren, ahí lo tienen; se lo dejo en marcha. Pero si les fuerzo, lo destrozan; en pocos años no queda nada, y encima serán desgraciados".

El mismo profesional tiene muy claro lo que hay que hacer cuando uno comprueba que se ha equivocado: "Si sucede así, hay que tener el suficiente valor para cortar en seco y volver atrás; y empezar lo que realmente nos satisface".

Esta actitud se advierte también en una escritora:

"Ir a contrapelo en la profesión debe ser algo terrible, y aún peor que esto, encuentro que debe ser muy difícil rendir al máximo cuando uno se ha equivocado. Hay personas que descubren su vocación después de haber emprendido otra. Hay que ser valiente para retroceder y empezar de verdad en lo que es nuestro. Yo, si no, no lo entiendo".

EJERCICIO 3

Importancia de la toma de decisiones

INSTRUCCIONES:

En base a la lectura "Los motivos para elegir carrera o profesión" conteste las siguientes preguntas:

1. Explica porqué el autor considera que los adolescentes no ven con claridad la importancia que tiene elegir una profesión:

2. Explica porqué considera el autor, que tampoco suelen darse cuenta de la dificultad de acertar, esto es, de llevar a cabo una correcta elección:

3. Menciona algunas consecuencias de elegir mal la profesión:

Otra consecuencia de elegir mal es la falta de satisfacción en el propio trabajo. Cuando la ocupación no responde a los intereses personales; cuando no enlaza con lo que cada

2a. SESIÓN

A. Factores de influencia social

1. Familia

El papel de los padres en la orientación profesional

El autor considera que los adolescentes no ven con claridad la importancia que tiene elegir una profesión. Esto se debe a que los padres, al estar acostumbrados a tomar decisiones por ellos, no les permiten desarrollar su propia capacidad de decisión. Además, los padres suelen imponer sus propias expectativas y deseos, lo que dificulta que los adolescentes encuentren su propia vocación.

El autor también menciona que los adolescentes no suelen darse cuenta de la dificultad de acertar en su elección profesional. Esto se debe a que los padres, al estar acostumbrados a tomar decisiones por ellos, no les permiten desarrollar su propia capacidad de decisión. Además, los padres suelen imponer sus propias expectativas y deseos, lo que dificulta que los adolescentes encuentren su propia vocación.

Otra consecuencia de elegir mal es la falta de satisfacción en el propio trabajo. Cuando la ocupación no responde a los intereses personales; cuando no enlaza con lo que cada